

¡ LA INDIFERENCIA ES UN VIRUS... VACÚNATE ! ©



Por Fede Lafuente.

Antes de entrar en materia, quisiera reivindicar una idea básica: *“todo el mundo tiene derecho a hacer lo que quiera, siempre que sea consciente de las consecuencias que eso conlleva”*. La libertad personal es un valor fundamental, pero no puede ir desligada de la responsabilidad. Cuando una actitud solo afecta a quien la adopta, nada que decir: cada cual es libre de vivir y actuar como crea. Pero cuando ese comportamiento empieza a molestar o perjudicar a los demás, ya no hablamos solo de libertad, sino también de falta de respeto.

¿Quién no ha tenido que soportar alguna vez a uno de esos individuos que se empeñan en saltarse todas las normas de urbanidad encendiendo un cigarrillo tras otro en una zona reservada para no fumadores?, ¿o a uno de esos adictos al móvil que todavía no han descubierto que, para escuchar un mensaje de audio, basta con acercar el terminal a la oreja, de modo que la gente que está a su alrededor no tenga que oír algo que no le interesa lo más mínimo, y además a un volumen que sobrepasa cualquier muestra de desconsideración? Eso por no hablar de quien cree que el bosque es su vertedero particular; quien se emborracha sin sentido provocando accidentes irreparables; o quien, haciendo uso de su derecho a escuchar lo que le plazca, piensa que los demás también tienen derecho a disfrutar de sus particulares gustos musicales, y es tan “generoso” que opta por subir indiscriminadamente el volumen del reproductor para que todos podamos escuchar su cuidada playlist.

Pero lo que debería preocuparnos es que esta actitud claramente incívica se traslade sin contemplaciones al ámbito de los gimnasios o centros deportivos,

donde a veces acabamos respirando una atmósfera estéril e inoperante que no presagia nada bueno. Una interpretación errónea del concepto “fitness” ha terminado por invadir un entorno que debería estar dominado por un hálito de sudor e intensidad. Y es que entrenar intensamente —*señores míos*— tiene un problema... que acabas sudando la camiseta. ¡ Qué le vamos a hacer, es lo que tiene el deporte !

Hoy en día no puedes jactarte entrecortadamente después de una demoledora serie de sentadilla pesada sin que la gente se vuelva a mirarte sorprendida. Y no hablemos de esas expresiones alentadoras que te motivan a superar esa maldita repetición que se resiste obstinadamente porque, a buen seguro, que tal circunstancia generará muecas de disgusto y desaprobación entre los ocasionales contertulios. ¿“Contertulios”? Sí, sí, habéis leído bien. ¿Cómo definiríais si no a ese “grupito” de gente que lo único que hace en el gimnasio es charlar animadamente alrededor de un móvil donde se reproduce la última bufonada del tiktokker de turno?

Es absolutamente lícito que cada cual tenga sus propios objetivos: ponerse en forma, aumentar la fuerza máxima, o simplemente desconectar del día a día. Y todas esas motivaciones son igualmente válidas. Pero lo que no es válido es actuar como si el gimnasio fuera el escenario de un teatro privado o un área de descanso permanente. Una actitud incívica e irresponsable que perturbe la atmósfera de trabajo que debería reinar en cualquier gimnasio debería ser censurada por el personal responsable de la gestión de la sala. Y todos sabemos a qué me refiero. Hablo de esa gente que solo ve en las máquinas una opción más donde dejar caer el culo para pasarse el tiempo ejercitando el dedo sobre la pantalla del móvil; de los que se dedican a gritar a pleno pulmón por el micrófono de su dispositivo hablando con quién sabe quién de quién sabe qué; de los que montan en medio de la sala su particular Tetris de barras, steps, fit balls o bosus, emulando el vídeo de algún youtuber anacrónico y snob; de los que se alejan de los soportes de sentadillas y de las mancuernas como de la peste, pero no paran de hacerse selfies frente al espejo de turno que, por mucho que pase el tiempo, siempre les devolverá la misma imagen; de los que confunden los tiempos de recuperación entre series con la necesidad de alargar la vida en el gimnasio, y acaban necesitando más de dos horas para liquidar

cuatro malditas series, eso sí, ocupando las máquinas todo el tiempo necesario para recuperar el ritmo cardíaco óptimo que les permita afrontar la próxima serie con el mismo peso que la última y poder con una o dos repeticiones menos; de los que nunca han conocido cómo cambia de color la ropa cuando se suda; y de los que además se permiten el lujo de molestar constantemente con su insolencia y su desatento comportamiento.

La indulgencia y la tolerancia son cualidades que deberían distinguir a todo ser humano, pero que no pueden ser utilizadas en todas las facetas de nuestra vida si no queremos ser arrinconados sin la menor oportunidad de expresar nuestra voluntad. La indiferencia ante comportamientos como los mencionados es un virus contra el cual deberíamos vacunarnos, para no permitir que nadie perturbe lo que también es nuestro legítimo derecho a disfrutar de un entrenamiento intenso y productivo.

© *Prohibida la reproducción total o parcial de este texto sin autorización expresa de su autor.*